

José Mármol**

1. Escritura y nación

Empecemos por desmadejar y deslindar algunos términos. Escritura, o bien, literatura y nación son conceptos, a la vez que entidades concretas, en cuyo crisol reverbera un común denominador, un sustrato esencialmente constitutivo: la lengua. La lengua otorga al escritor la capacidad de inventar, y no meramente inventariar la realidad, la cultura y la historia.

La escritura es la enunciación de un sujeto particular en una lengua específica. Ahora bien, escribir en un país del tercer mundo, zarandeado por el analfabetismo y reductos del dilema decimonónico de civilización o barbarie, reconvertido en oposiciones falsamente esperanzadoras como desarrollo-subdesarrollo, centro-periferia, tecnología-rudimento, insularidad-globalización; escribir, reitero, en un país como República Dominicana podría significar, enfocado el hecho sociológicamente, un desafío mucho mayor frente a quien lo hace instalado en las estepas asfálticas y selvas de hormigón con que se nos presenta el reino de la racionalidad tecnológica y el desarrollo económico y social.

En el imperio de la pobreza y el rezago, la imaginación delirante aspira al raciocinio y la exactitud. Recordemos que nuestra

* Ponencia presentada en el seminario "Dominican writers: at home and in the diaspora", Georgetown University, Washington, 1 de octubre de 1998.

** Poeta, filósofo y escritor.

nación anhela estar inserta en los planes de megamercados de toda laya, así como automatizar y volver teledirigidos todos los quehaceres de la cotidianidad, como también desarrollar las ciencias y la tecnología. Sin embargo, es un país incapaz de mantenerse encendido, energéticamente hablando, al menos doce de las veinticuatro horas del día. Vivimos allí una suerte de moderna Edad Media, en la que cada ciudadano es un señor feudal, cada habitación un feudo, cada institución una entelequia; vivimos la condición fósil de la posmodernidad. Vamos, en un viaje que dura a penas segundos, de la versatilidad del Internet al prodigio mistagógico de la caverna.

Mientras, en los predios en los que ha triunfado la racionalidad tecnológica, y el progreso económico ha sentado sus reales, el deseo de soñar ha engendrado, para fortuna del arte, una caterva de monstruos. Este hecho va cónsono con el que demuestra que en los países desarrollados la educación, desde sus niveles básicos, se orienta hacia la lectura como actividad espiritual principal, y hacia el consumo del libro como mercancía. Este es el terreno abonado de la industria editorial, que abarca, en el ámbito de la creación escrita, desde los agentes literarios hasta los contratos editoriales, realidades desconocidas por completo en contextos como el nuestro, es decir, el tercer y quizá cuarto mundos.

Lo antedicho tiene asidero muy a pesar de la paradoja establecida por el filósofo Mario Bunge, que revela cómo encuestas sobre ciencia y tecnología en países desarrollados, como por ejemplo Estados Unidos, ponen de manifiesto y en elevados porcentajes, ignorancias en la población que van desde creer que el sol gira en torno a la tierra, que la telepatía es un hecho incontrovertible, hasta afirmar que la biología evolutiva es mera conjetura. Bunge piensa, por deducción lógica, que los norteamericanos viven, también, en la Edad Media aun cuando manejen autos y computadoras y se hagan atender en hospitales que parecen naves espaciales (MB, Cómo fortalecer la cultura científica, periódico Hoy, R.D., 20 de septiembre de 1998).

La literatura es creación o invención por medio del lenguaje; en ella la lengua y el pensamiento explotan sus máximas poten-

cialidades imaginativas y estéticas. En ella se produce el a la vez mágico y lógico, racional y misterioso fenómeno de la enunciación del sujeto. Es, además, la literatura un acto existencial sumido al enigma de la soledad. El síndrome de la soledad está cada vez más acendrado en la sociedad posindustrial o posmoderna. Aunque el lenguaje es una categoría social por excelencia, al tiempo que herramienta y sustancia de trabajo del escritor, este último se convierte en el ser más solitario del universo; vale decir, de su universo, que no es sino el orbe del lenguaje mismo. El escritor se forja y muere, solitario, en la dimensión histórica y cultural de su lengua. Un escritor está siempre en su lengua, y ésta, precisamente, es la que lo perpetúa en el blasón de su cultura. Concordando con Emile Cioran asumimos que un escritor no habita una patria, sino más bien, un idioma. Dicho de otro modo, la patria de un escritor es su lengua.

Literatura es lengua, y lengua es cultura. La lengua y la cultura se fundan, evolucionan e interactúan en un compacto marco de inseparabilidad histórica. La historia de la cultura es la historia de la lengua, y la una por la otra. Manuel Matos Moquete sustenta, con acierto, que la aventura de un pueblo es la aventura de su lengua y viceversa, lo hemos visto con las razas y las lenguas aborígenes de nuestra isla, y en la historia de las colonizaciones, de la esclavitud y de la opresión de todo tipo en todas partes, la lengua está siempre en juego como una presea que el poder se apresura a perseguir, silenciar por eficaces sordinas, en liquidar¹. Literatura es, pues, lengua, y lengua es, a su vez, cultura, pensamiento. Cada obra literaria no hace más que, en su propia entidad simbólica, intencional, significativa, inventar la cultura, tramontando sus referentes reales; recrearla, en el sentido de volver a fundarla nueva y singularmente.

Luego de aquella célebre conferencia de Ernest Renan, dictada en La Sorbona, el 11 de mayo de 1882, se tiene más o menos claro que una nación es, dicho metafóricamente, “un plebiscito de todos los días”, y que está integrada por componentes co-

1 MATOS MOQUETE, Manuel: *La cultura de la lengua*. Taller. Santo Domingo. 1987, p.22.

mo el geográfico, espiritual, religioso, jurídico-político, histórico, racial, intereses individuales y grupales y el componente lingüístico. Este último ocupa, desde nuestra perspectiva, un lugar importante, cuando no preeminente en la relación entre literatura y cultura. No obstante, al resumir el contenido de su charla, el autor afirma: "El hombre no es esclavo ni de su raza, ni de su lengua, ni de su religión, ni del curso de los ríos, ni de la dirección de las cadenas de montañas. Una gran agregación de hombres, sana de espíritu y cálida de corazón, crea una conciencia moral que se llama nación"².

Esta reafirmación de la vertiente espiritual en la definición de nación difundida por Renan cobra hoy día particular importancia, sobre todo, por el marcado fenómeno de las migraciones. Si tomamos como ejemplo la nación dominicana, ésta no puede ser conceptualizada cabalmente sin conjugar los dominicanos de dentro con los de la diáspora, sobre todo, la instalada en Norteamérica. De hecho, podríamos encontrarnos con dominicanos, aun sea en condiciones aisladas, en todo lo que sea suelo firme, desde el Océano Glacial Artico hasta el Antártico. Puede que los de más remota ubicación geográfica, producto de esta bacanal migratoria, sigan siendo dominicanos si conservan y cultivan dos rasgos básicos: primero, y dicho con Renan, la voluntad, el factor espiritual; segundo, el uso de la lengua, que es el soporte de su pensamiento y su cultura; la lengua es la base de la socialización del sujeto.

Ante el mundo actual, marcadamente tendenciado a la planetarización de la economía, el comercio, las instituciones jurídico-políticas y la cultura, eso que se suele llamar globalización, y muy a pesar de que en Europa existen rebrotes de nacionalismos que inclinan a preocupación, no es menos cierto que la nacionalidad está siendo restringida a una categoría de carácter jurídico-político, cada vez más desvinculada de las raíces étnicas y de los valores espirituales provenientes de la idea de patriotismo. De ahí que en el terreno de la literatura se haga cada día más difícil la reducción de la multiplicidad de sentidos de una obra a los avata-

2 RENÁN, Ernest: *¿Qué es una nación?*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p.85.

res sociales o las posturas ideológico-políticas. Asimismo, tiene mucho más peso específico la lengua -sea materna o no- en que continúan escribiendo y pensando, en el caso de muchos autores que han emigrado o sufren exilio político, que la nacionalidad que hayan tenido que adquirir o el país que hayan tenido que escoger como morada. Es por ello que nos vemos obligados, cada día más, a recurrir, a la hora de hablar sobre escritores, a expresiones aclarativas como fulano de tal, escritor de lengua equis, aunque de origen ye.

Lo que importa resaltar es el rol fundamental de la lengua, que es, como escribió José Martí, jinete y no caballo del pensamiento, y de la cultura en la determinación de la nacionalidad. Manuel Núñez³, en afinidad con Arturo Peña Batlle, y colocado más allá de la visión maniquea de la hispanofilia y la haitianofofia, sustenta con propiedad el hecho de que la lengua y la cultura han consituido valladares históricos ante el intento haitiano de unificar la isla, como ante la procura ideológica de la intelectualidad de izquierda, de africanizar la supuesta esencia de la dominicanidad. Ahora bien, esa actitud histórica y la concreción de los hechos no nos otorga una identidad cultural de rango metafísico, como por bastante tiempo se creyó. Antes al contrario, nos hace parte viva de una diversidad lingüística, cultural, racial, geográfica, económica y geopolítica. El concepto de identidad remite a rasgos y valores estáticos, eternos, míticos; la diversidad, en cambio, entronca con lo empírico de la sociedad y la cultura, es decir, su naturaleza cambiante, volátil, histórica y no mítica.

Del mismo modo en que es rechazable la acepción metafísica de la identidad nacional como una entidad mítica, lo es, en consecuencia, la de literatura nacional. Este último enunciado es tan relativo y volátil como decir español nacional por español dominicano, que no es más que referir lo característico de la lengua española que se habla en la cultura dominicana, pero cuya relativa singularidad es perceptible sólo como parte de la diversidad inherente al español de los distintos pueblos hispanoamericanos.

3 Cf. NÚÑEZ, Manuel: *El ocaso de la nación dominicana*, Alfa y Omega, Santo

Dicho a la manera de Guillermo Sucre, resulta que en última instancia, la realidad en que participamos reside en la naturaleza simbólica del lenguaje, más concretamente, de la lengua, y a partir de ésta, no hay más realismo posible que el de la imaginación, que tiene, en literatura un poder esencialmente verbal⁴.

Lidiar con esa retahíla de conceptos parecería llevarnos a una muy compleja elucubración, cuando no, a una especie de charla bizantina. Sin embargo, ese recorrido nos sirve para entender que la literatura tiene por elemento preponderante al lenguaje, dicho de acuerdo a nuestra cuestión, con más especificidad, la lengua, aunque en su forjación se envuelve al sujeto enunciador, la cultura, la sociedad o nación, la historia y los intereses que tensionan la composición social de un país.

Se concluye, pues, que la patria, la nacionalidad y la cultura de un escritor están fundamentadas, única y esencialmente, en la lengua que sirve de soporte a su labor creativa. Que, en punto al interés literario, no vistas desde la perspectiva de la preeminencia de la lengua dentro de todos los sistemas simbólicos que integran la sociedad, ni la patria ni la nacionalidad ni la cultura tendrían sentido alguno. La biografía de un escritor es su misma obra; la obra, en fin de cuentas, no es sino concretización e identidad de lengua y pensamiento, de lengua y cultura.

2. Literatura, emigración y sospecha

Se escribe desde la nostalgia y el deseo. Ningún escritor parece escapar a este cerco sentimental que se enmarca dentro de los límites y posibilidades de sus facultades expresivas, de su dominio del lenguaje, de cómo el escritor se sienta ser y poseer la lengua en que escribe su obra.

En esta tesitura podríamos poner como ejemplo la obra *Sólo cenizas hallarás* (bolero), del escritor dominicano Pedro Vergés, publicada originalmente en Valencia, España, en 1980, la cual

4 SUCRE, Guillermo: *La máscara, la transparencia*, Monte Avila Editores, Venezuela, 1975, p.23.

LITERATURA Y NACIONALIDAD: UNA PARADOJA

obtuvo en ese año el Premio Internacional “Vicente Blasco Ibáñez”, y al año siguiente, el Premio Internacional de la Crítica Española. Vergés nace en República Dominicana, desde temprana edad pasa a vivir a España, país donde se forma como escritor y en efecto, conjugando nostalgia y deseo, escribe allende los mares una novela que eleva a la universalidad, quiero decir transhistoricidad de la obra de arte, eso que no sin contradicciones sociologizantes y aire metafísico se suele llamar dominicanidad. Ese altísimo valor estético, poético de la narrativa de Vergés viene dado en cómo cada uno de los personajes centrales habla, es decir, fundamenta su existencia novelada en el sociolecto de clase media baja de la República Dominicana de inicios de los años 60. Es en ese cariz idiomático, y no en referentes sociológicos e ideológicos, donde reside el hallazgo, el acierto de una novela que, junto a piezas de estrategia discursiva similar escritas por Marcio Velloz Maggiolo, como *De abril en adelante* (1975), entre otras, recrean, digo, más bien, inventan una realidad con base histórica, esa que Nietzsche llamó historia efectiva, enriquecida por la imaginación y el excelente dominio del lenguaje y las técnicas narrativas. Vergés salió a formar parte de la diáspora dominicana en Europa. Sin embargo, en su condición de escritor tiene una forma eficaz de entroncar con su cultura y la cosmovisión de ésta: el dominio de su lengua materna.

Abandonar la media isla; marcharse preferiblemente a Estados Unidos, y en particular a Nueva York con la ilusión de mejorar las condiciones de vida propia y de los suyos es parte de la idiosincrasia del dominicano. Ahora, por si fuera poco, también huele promisorio desgarrarse para España, Holanda y otros países de Europa. No hay futuro dentro, se suele decir, la cuestión es salir, no importan ni el riesgo ni el medio, salir. Pero el fenómeno migratorio no es de extrañar en el mundo actual, que conjuga paradojas como el tener países con fronteras abiertas en una atmósfera que resucita los nacionalismos radicales y la segregación racial; nacionalidades con cada vez más grupos étnicos minoritarios discriminados, pero que a la vez son grandes resortes del progreso económico y argumentos para la justicia social; democracias igualitarias cuyo porvenir descansa en abrir más la brecha de supervivencia entre ricos y pobres... Tenemos,

los dominicanos, una diáspora finisecular muy compleja, que por lo temprano que se inició en Estados Unidos, ya fuera por razones políticas, educativas o meramente económicas, abarca varias generaciones, y muchos de cuyos protagonistas han vivido treinta o cuarenta años en el ghetto hispano, habiendo simplemente transterrado sus costumbres y creencias, sin siquiera poder comunicarse en la lengua inglesa americana.

Algo muy distinto, en cambio, son los hijos de esos inmigrantes instalados en Nueva York y otras ciudades norteamericanas. A penas hablan el idioma de sus padres, ya que habiéndolos trasladado muy pequeños tienen por primera lengua la inglesa, con ella se educan, piensan y viven, dejando el español, ya desplazado, en un recóndito lugar del alma, que sólo visita y despierta esporádicamente la nostalgia, amén del poco uso dado en un ambiente de escasa comunicación intrafamiliar. Junot Díaz constituye una expresión reciente de esta compleja realidad. En 1996 publica una reunión de cuentos bajo el título de *Drown*, varios de los cuales habían aparecido con notable éxito en importantes revistas de Estados Unidos. Un año después, aparece la muy bien lograda traducción de Eduardo Lago titulada *Negocios*, publicada también en Estados Unidos de América.

¿Qué ocurre con este joven escritor frente a la paradoja de la nacionalidad? Acorde con el planteamiento central de este trabajo, Junot Díaz es un escritor cuya obra está inserta, afortunadamente muy bien inserta, en la literatura angloamericana finisecular, dado que está escrita en inglés y su auténtico valor literario está dado en esa lengua, aunque contenga inúmeros referentes y elementos temáticos propios de la cultura dominicana. Tenemos, pues, un excelente narrador de habla inglesa y de origen hispano, concretamente, dominicano. A resultas de este hecho indiscutible, su obra no forma parte de la literatura dominicana (si es que tiene sentido reclamar nacionalidad literaria, en última instancia), o al menos, de lo que los historiadores clasifican como tal.

5 Riverhead Books, New York.

6 Vintage Books.

La obra de Junot Díaz está salpicada de términos propios del español más popular, es decir, de la variante sociolectal urbana de individuos de baja estratificación social en la República Dominicana; su escritura es alegoría de rasgos muy característicos de la cultura dominicana; refleja una extraordinaria asimilación de la gramática oral del español dominicano conjugada acertadamente con la estructura coloquial de la narrativa corta de habla inglesa de los últimos años. Lo que han celebrado en Junot Díaz al abrirle sus páginas publicaciones de prestigio como *The New Yorker*, *The Paris Review*, *Story*, *Newsweek*, entre otras, es el nacimiento de una nueva voz literaria de habla inglesa, por encima de sus raíces latinoamericanas y su condición de inmigrante, que no obstante, quedan muy bien recreadas en sus historias. Su logro como escritor, en definitiva, está en el dominio de las posibilidades literarias de la lengua inglesa.

Muy similar al de Díaz es el caso de la internacionalmente conocida escritora Julia Alvarez. También ella nació en República Dominicana, habiendo emigrado muy temprano, junto a su familia que huía del terror del régimen político del dictador Trujillo. Se educa en estados unidos, incorpora la lengua inglesa como recurso principal de comunicación en la sociedad, y consecuentemente, termina asimilada por la cultura de esa lengua. Sin embargo, su escritura, llevada a cabo originalmente en inglés, se centra, como en Vergés y Díaz, en el referente de lo dominicano, evocándolo desde la nostalgia y el deseo. La creciente obra escrita de Julia Alvarez ha ido posicionándose, meritoriamente, muy bien en el mercado y la inteligencia de la cultura norteamericana, hecho que trasciende el eufemismo con que se llame a la sociedad en que en realidad se desenvuelve una escritora de habla inglesa, aunque de origen hispanoamericano, en este caso, Estados Unidos: “*patria de adopción*”. La patria de esta escritora es, retomando a Cioran, el idioma en que ella escribe.

En su más reciente libro de ensayos titulado *Something to declare* (1998), la propia Julia Alvarez, en un texto que lleva por nombre “Doña Aida, with your permission”⁷, en el cual recuerda

7 Cf. traducción de Alexander Santana, “Biblioteca”, *Ultima Hora*, 13 de septiembre de 1998.

su encuentro con Aida Cartagena Portalatín, y la forma en que en vida esta última le recriminaba que escribiese en inglés siendo, desde su punto de vista, una escritora dominicana, la autora de *In the time of the butterflies* (1994) afirma no ser una escritora dominicana, aduciendo, además que no ha estudiado la lengua española, aunque puede hablarla. Pero, Alvarez también justifica no ser una escritora común norteamericana. Se autodenomina, más bien, “escritora dominico-americana”, una forma subjetiva de conjugar lo que como sujeto es con las raíces históricas y étnicas de donde proviene. Se proclama así una hibridez, un mestizaje, una mezcla que prefigura una cultura sin país o nación específicos.

La escritora se siente, con razón, inserta en un mundo móvil, en el que las fronteras se desvanecen y las nacionalidades se mueven, de manera que toma cuerpo una perspectiva multicultural, incluyente como fórmula para entender el mundo actual. Alvarez se siente atrapada en la paradoja de la relación entre escritura y nación. Pero, su biografía es su obra, y no es casualidad que a pesar de sus orígenes, y tal vez por mor de ellos mismos sumados al hecho de escribir en inglés, la sociedad norteamericana y sus instituciones académicas y culturales la reclamen y exalten.

El énfasis sobre la lengua en que se escribe y piensa como factor básico en la pertinencia cultural de un escritor no persigue, en modo alguno, excluir nacionalidades, mucho menos cuando éstas se asumen conscientemente como lo que son: tomas de posturas espirituales o volitivas. Antes bien, fundamento con este argumento, las diferencias fácticas, insoslayables que en el marco de una misma sociedad presentan autores como Alvarez, Díaz y, por ejemplo, Viriato Sención. Además, Alvarez y Díaz deben ser traducidos al español para poder ser disfrutados por los lectores de su nación de origen.

Viriato Sención es un escritor dominicano radicado en Estados Unidos de Norteamérica. Ha vivido por mucho tiempo en esta nación; completó estudios superiores en una de sus instituciones académicas y en ella ha escrito, entre otras obras, sus dos novelas *Los que falsificaron la firma de Dios* (1992) y *Los ojos de la montaña* (1997). Independientemente de la valoración que en términos de teoría poética y crítica literaria se pueda efectuar de

estas obras, tenemos, frente a las obras de Alvarez y Díaz una situación fáctica distinta e incontrovertible: las de Sención están originalmente escritas en español, y más aún, en el español de los hablantes de República Dominicana. Este hecho inherente, lingüísticamente hablando, al fenómeno literario mismo, coloca su obra dentro de la historia de la literatura dominicana. Sención tiene, pues, que ser traducido al inglés para que, en adición a los lectores en su país de origen y los de los ghettos hispanoamericanos en Estados Unidos, al menos, la inteligencia académica estadounidense pueda apreciar su escritura.

Traducir a toda costa a Viriato Sención y a otros autores de la media isla al inglés como punta de lanza de la avanzada cultural de la diáspora dominicana en Estados Unidos, así como ver en la tarea de traducción un instrumento de penetración de lo diaspórico dominicano en el establecimiento cultural angloamericano, me ha despertado, desde un primer momento, cierto sentimiento de sospecha. Esto, por supuesto, sin restar méritos a las instituciones de trabajo comunitario y académico-cultural que pretenden preservar y divulgar la dominicanidad, y en ella sus expresiones artísticas, en el seno de la sociedad que los ha acogido.

A mí, particularmente, me parece más importante y provechoso que un autor que escriba en español obtenga una o más tiradas de sus libros con respaldo de una destacada editorial ibero o latinoamericana, de modo que las obras sean conocidas por los lectores y críticos de habla hispana, y sólo después ser traducidas a otras lenguas. La trascendentalidad de una obra literaria va estrechamente ligada a la dimensión crítica que ésta cobre, primero, en su lengua original. Esa dimensión nace de la rebelión, originalidad, ruptura y crítica implícitas en el lenguaje mismo. El relieve estético de una obra literaria, único que ha de tomar en cuenta el crítico más severo, que es el tiempo y no la publicidad, es directamente proporcional a los hallazgos y aportes que efectúe a la lengua en que ha sido escrita. Este hecho saldrá a relucir tarde o temprano, pues, es sabido que en ocasiones lo han dilatado o temporalmente soterrado los intereses ideológico-partidarios, cuando no supuestas razones de Estado.

Sención es, ante todo, un escritor en lengua española, jamás bilingüe, que vive en Nueva York. Fenómeno que se repite en otros escritores del Caribe hispánico, a saber, el dominicano Alexis Gómez Rosa y el puertorriqueño Iván Silén, entre otros, muchos otros a quienes no podríamos en ningún modo equiparar a los escritores, digamos chicanos, últimos que han configurado una cultura y una lengua de la migración.

Ahora bien, otras son las razones o sinrazones que imperan cuando en el contexto del exilio económico y cultural una comunidad, en nuestro caso, la dominicana en Estados Unidos, trata de hacerse sentir culturalmente en el pesado magma del establecimiento académico-cultural, de los medios de comunicación y del mercado editorial de la metrópolis. Este esfuerzo va cónsono con el de lograr proyección y nombradía en el conjunto, étnicamente minoritario, de los coterráneos transterrados. Estamos, hay que decirlo sin ambages, ante el fenómeno de la diáspora como un proyecto ideológico-político, y no por ello menos cultural y económico, con una élite que lo dirige y una dinámica inserta en las instituciones económicas, políticas, académicas y culturales de la metrópolis. Se trata, en definitiva, de una relación de poder-saber, que en ocasiones, coloca en pugnas antagónicas a los mismos grupos étnicos minoritarios, hecho que los distancia de la utopía de incidir en el contexto cultural dominante al cual se han adscrito. No pocas veces esta misma dinámica de poder-saber de la diáspora se ve infestada por las luchas políticas propias del país natal.

Vista con sospecha, desenfado y espíritu crítico, la diáspora intelectual y artística pretende ser un país sin geografía ni instituciones jurídico-políticas propias, que bien podríamos llamar país portátil con instituciones ambiguas, al tiempo que aspira enarbolarse como propia una literatura sin lengua. Es, pues, una pseudo-realidad atrapada en la paradoja, en el sinsentido de la relación entre nacionalidad y literatura como par sustituto de la relación lengua y literatura, o bien, lengua y cultura. Operan aquí ataduras, mancuernas ideológicas, como también ambiciones personales y grupales de liderazgo y manipulación.

Fundado o infundado, el alegato de la diáspora ofrece a sus líderes y suscritos una ventaja comparativa, producto de los recursos económicos, planes para inmigrantes, fundaciones de estímulo al arte y la cultura que promueve la metrópolis, ante quienes tienen que hacérselas con las limitaciones del subdesarrollo tercermundista para llevar a cabo sus empresas artísticas e intelectuales. Esta ventaja comparativa no se convierte mecánicamente en superioridad de resultados en el proceso creativo. Crea, eso sí, una mejor atmósfera cultural y social, también económica, para el impacto de la obra de arte o la puesta en marcha del proyecto intelectual y científico.

Una cultura es, dicho a tono con Emile Benveniste, un fenómeno enteramente simbólico, que se define como un conjunto muy complejo de representaciones, organizadas por un código de relaciones y de valores: tradiciones, religión, leyes, política, ética, artes, todo aquello que, nazca donde nazca, impregnará al hombre en su conciencia más honda, y que dirigirá su comportamiento en todas las formas de su actividad. Se trata, de un universo de símbolos integrados en una estructura específica y que el lenguaje manifiesta y transmite. Pero, es merced a la lengua que el hombre asimila la cultura, la perpetúa o la transforma. Es, pues, el símbolo el que ata y produce el vínculo entre el hombre, la lengua y la cultura. Es, pues, la lengua y no una presunta nacionalidad lo que define la pertinencia de un escritor y su obra respecto de una determinada cultura.

8 Cf. BENVENISTE, Emile: *Problemas de lingüística general. Vol. I*, Siglo XXI, México, 1979, pp. 31-32.